

Mariano Latorre

Pío Baroja y el ciclo "La selva oscura"

Es Baroja el primer novelista contemporáneo que ha hecho entrar en la ficción novelesca los sucesos que motivaron la caída del régimen monárquico y el advenimiento de la República Española.

Ensayos y discursos, estudios sociológicos o políticos han dilucidado numerosos aspectos de la abdicación de Alfonso XIII y el nacimiento de un sistema de gobierno, para el cual no se creía a España preparada. La historia, por lo menos, no ha dado argumentos para suponer que, de improviso, la tradicional Castilla abandonase la reyecía y entrase con éxito en una era nueva, diametralmente opuesta, por la organización y la ideología, al concepto que los españoles tenían de un sistema de gobierno.

Sin embargo, para un agudo viajero ruso, Elías Eremburg, la República Española, salvo el presidente y las cámaras, elegidas por un tiempo determinado, a la manera de las repúblicas burguesas, en nada se diferencia de la monarquía. España no ha hecho otra cosa que cambiar los entorchados palaciegos por la americana de calle, más cómoda y barata.

«Esta tierra, dice, se aferra a su verdad sobre el valor del hombre y de la única libertad que conservó a lo largo de los siglos: la libertad de poder respirar».

«¿Cuándo España, continúa, así como se deshizo del ornato de la monarquía, podrá deshacerse del ornato dudoso de los abogados de Madrid y de los agentes de la Bolsa de Barcelona?» .

Uno de los méritos de Baroja consiste en esta vibración de actualidad que ha puesto en la mayoría de sus novelas. En las *Memorias de un hombre de acción*, Aviraneta no es sólo un guerrillero más o menos pintoresco, sino un hombre superior a su medio, inquieto y europeizado, no a la manera de Larra y de Clarín, cuyo ideal era la República Francesa, sino a la manera de los europeos del Norte: los germanos y los anglo-sajones. El guerrillero vasco había tenido contacto en Bilbao con los alemanes e ingleses, cuyos barcos llegaban a fondear a la rada de Portugalete y el concepto de Aviraneta es el concepto de su biógrafo, el vasco Baroja.

En el prólogo de *La familia de Errotacho*, prólogo igualmente de la trilogía entera, Baroja hace su profesión de fe. No es un devoto de esta tan ponderada claridad francesa, hecha según su frase, a fuerza de poda y de supresión. Prefiere la fuerza vital que germina en la abundancia de las ideas, aunque sus contornos sean confusos.

«Dejemos los contornos claros a los escritores latinos y mediterráneos. Para ellos la nitidez, la sequedad, el cielo azul. A nosotros nos gusta más la niebla».

Esta insinuación del prólogo se amplía en el texto de la obra. Mediterráneo, para Baroja, equivale a vejez, a cosa manida. Atlántico, a complicación, a interés siempre latente. Mediterráneo es retórica, floralismo, es decir, aplicación sin humanidad de lo ya empleado por los sofistas de Bizancio. Atlántico es renovación, creación constante, desprecio de la retórica.

He aquí la atmósfera de esta trilogía que Baroja ha bautizado con el título colectivo de *La selva oscura*.

La selva oscura será selva por lo intrincada; y oscura, por no pretender el autor (en su concepto de la vida) reducirla al convencionalismo del relato al uso.

Las tres novelas del ciclo barojiano *La familia de Errotacho*, *El Cabo de las tormentas*, *Los visionarios*, tienen el sabor y el colorido palpitante de su época. El tiempo las impregna, en lo posible, de su esencia actual.

Sus personajes no son personalidades destacadas, grandes, comenta en el prólogo citado, por la casualidad y el azar la mayoría de las veces, sino individuos subalternos, del montón, moldeados por el ambiente y muchas veces sacrificados por las circunstancias.

Es la historia de una familia humilde del país vasco: la familia de Errotacho. El hogar vasco, un molino, situado en la frontera de Francia. La familia es pobre. Tiene apenas con qué vivir. Rudamente trabaja la madre, la Juana Mari, para subvenir a los gastos de su numerosa prole. Algunos de sus hijos son contrabandistas y por la persecución de los carabineros, los miqueletes, se ven obligados a salir de su terruño para ganarse la vida. Así viven en los ambientes más heterogéneos. Uno de ellos se convertirá en administrador de un cortijo andaluz. Otro irá a Francia, a San Juan de Luz, después del complot de Vera. Una hija, Margot, será enfermera en Madrid, en casa de un marqués.

Con esta técnica y ciñéndose a un plan, nos hace penetrar Baroja en diversos medios sociales para auscultar lo que el pueblo propiamente tal piensa de los acontecimientos que determinaron la caída del Rey y el alborear de la República.

La obra comienza en plena guerra europea y el escenario es el límite entre Francia y España. *La familia de Errotacho* (éste es su título) es una hermana de *Zalacaín* y de las novelas marítimas de Baroja. En una palabra, una novela vasca. Le da un tinte de novedad a esta novela la descripción de la vida accidentada de los contrabandistas, no tratados, que yo recuerde, por Baroja en ninguno de sus relatos éuscaros. A las escenas de contrabando únense episodios de espionaje y persecución que dan un vivísimo relieve a ese punto de la frontera franco-española con sus carabineros y sus contrabandistas, espías y desertores de la guerra europea.

El hecho de ir a buscar los orígenes del movimiento revolucionario de España en la guerra europea indica claramente que para Baroja el advenimiento de la República es la solución nacional que la península ha encontrado a su propio problema, como la mayoría de los pueblos del mundo, después de la guerra mundial.

En esta primera novela de la serie, narra Baroja el famoso complot de Vera. En la segunda, la revuelta de los capitanes Galán y Hernández en Jaca y la vida trágica de los anarquistas de Barcelona y de uno de sus jefes, el Negro. Describe el regocijo caluroso del pueblo de Madrid al proclamarse la república y la cólera ciega de la muchedumbre en el incendio de iglesias y conventos.

Por último, trasladando sus personajes a Andalucía, intenta dar una idea del alma rural de aquellas regiones, de su pasado de bandolerismo y de la confusa ideología que reina entre los habitantes y trabajadores y dehesas de los campos cordobeses y sevillanos.

No es agradable la vida del cortijero en estos vastos latifundios de la tierra andaluza. Un sordo encono desata las lenguas de estos meridionales bulliciosos que se reúnen en federaciones y tomando chatos y picando aceitunas, discuten y conspiran. Hablan de Lenín y del comunismo, pero, en el fondo, Rusia y los Soviets los tienen sin cuidado. El profundo individualismo de estos hombres, donde está vivo el árabe del desierto, tiende más al anarquismo, a la disolución, que al orden dictatorial del socialismo de Estado.

La técnica seguida por el novelista, anárquica y arbitraria, tiene una curiosa relación con los acontecimientos mismos que retrata. Los hechos y su narración guardan perfecto acuerdo. Siguiendo su sistema habitual, los personajes barojianos actúan ante todo. Para hacerlos moverse y vivir, el novelista ha adoptado un procedimiento absolutamente contrario al de un historiador. Recuerda, a ratos, la técnica de Galdós en sus episodios de la tercera serie. Viajes a pie por la llanura castellana, observaciones de tipos y paisajes, encuestas minuciosas de testigos personales de los hechos, en mesones y callejuelas, etc.

Como él explica, la novela concebida de este modo, anda entremezclada con la crónica y la crónica con la novela.

Este rico acopio de observaciones personales, de anécdotas y de sucesos pintorescos, está repartido a lo largo de las tres novelas de la trilogía. No puede ser más completa la impresión de realidad que el autor ha conseguido. En estas rápidas visiones de Vizcaya, de Aragón, de Barcelona, de Madrid y de Sevilla surge la España tradicional, la España-pueblo, la de los obreros, la de la clase media, la de los campesinos, vistas a través de gentes humildes, salidas de un caserío vasco.

Como un contraste, vemos también, frente a esta masa proletaria que se desplaza en calles y campos, una familia aristocrática madrileña, cuyos miembros, verdaderas caricaturas humanas, toman por el miedo al saqueo y al comunismo las actitudes más cómicas y grotescas.

Un tono patético, que no es habitual en la literatura de Baroja, da a estos últimos libros un matiz de sinceridad, de confesión viril y sana. Las observaciones sobre la República y sobre los hombres de estado de la República derivan hacia una especie de relativismo político que ha dado lugar a polémicas y artículos despectivos, como el del joven crítico

Francisco Valdés. Pío Baroja, el máximo negador, dice, Pío Baroja, cultivador de un género novelesco y original: el folletín psicológico.

No advierto, sin embargo, en esta trilogía, el pesimismo negativo de que habla Valdés. El deseo de transformación y revisión de todos los valores tradicionales, su lógico desencanto ante una juventud que abandona sus deberes para ir al cinema o al cabaret es algo privativo de todos los escritores de la época actual, no sólo de Baroja. En la misma España, en una época de crisis moral y económica, Quevedo y Gracián y Cervantes mismo, no fueron críticos amables de la vida española. No son más optimistas algunos contemporáneos de Baroja, como Costa y Unamuno, y aún el propio Ortega y Gasset, al hablar del tema de nuestro tiempo, diluye esta pregunta desconsolada en el caudal de su fraseología oratoria: ¿Qué harán estos jóvenes que bailan jazz y juegan tennis cuando tengan cuarenta años?

No creo que Baroja pretenda erigirse en profeta. El título mismo de su trilogía *La selva oscura*, denota la incertidumbre ante el porvenir, la misma que pesa sobre todos los pueblos de la tierra, incluyendo a los países jóvenes de América.

Sin embargo, de una cosa está seguro Baroja: que en España la monarquía ha muerto definitivamente. Para reemplazar a los hombres del régimen caído, exige un espíritu nuevo que debe orientarse hacia el porvenir, no hacia el pasado. Ir hacia adelante, en cualquier forma, no importa cómo, según el pronóstico de Ortega y Gasset, a quien Baroja parece seguir.